

inquiétó ya por la víctima. Su muerte le pareció asegurar su triunfo. Ellos no sabían que la muerte no termina nada. No se mata ni á la idea, ni á la verdad, ni al derecho, ni á la justicia y si aquel que era la encarnación de esas cosas divinas se entregó á la muerte, la muerte no tendrá la última palabra.

Temiendo de parte de los discípulos una intriga, cuya idea no podía venir sino á los hipócritas y á los bellacos, ellos fueron á buscar á Pilatos:—Señor, le dijeron, nos hemos acordado que ese seductor, mientras que vivía, dijo: "Después de tres días, yo resucitaré." Ordena que se guardé su tumba hasta el tercer día, de miedo que sus discípulos nos le roben y hagan creer al pueblo que él resucitó." El error de creer en el Resucitado sería peor que el error de creer en un Hijo del Dios.

Pilatos rehusó:—Vosotros tenéis una guardia les respondió, id á velar vosotros mismos, como lo queréis.

Entonces al irse, ellos cerraron cuidadosamente el sepulcro, pusieron el sello del Sanhedrín sobre la piedra y apostaron á su entrada á sus satélites:

Jesús durmió un instante el sueño de la muerte bajo la guarda de sus propios verdugos:

El día del sábado, para ellas se pasó en una tristes silencio. Pero los pontífices y los Fariseos se agitaron. Su odio no se

El día del sábado, para ellas se pasó en una tristes silencio. Pero los pontífices y los Fariseos se agitaron. Su odio no se

El día del sábado, para ellas se pasó en una tristes silencio. Pero los pontífices y los Fariseos se agitaron. Su odio no se

1. En las traducciones y ediciones de las Escrituras que se han publicado en España, se ha escrito: "Después de tres días, yo resucitaré." Pero el texto original dice: "Después de tres días, yo estaré vivo."



La historia de un gran hombre se detiene en la tumba. El entró por la muerte en un mundo invisible que nos está cerrado. Ya no se le ve, ya no se le escucha; no resta de él más su recuerdo, sino sus discípulos, sus doctrinas, sus instituciones, sus obras y la acción secreta de su espíritu inmortal. Pero como el origen de Jesús no se parece al nuestro, su muerte tampoco se parece á nuestra muerte. El sábado llegaba á su fin. Las santas mujeres, las sirvientes fieles de Jesús, llevando al Señor sepultado, no tenían otro pensamiento que honrarle en la muerte. María Magdalena, María, la madre de Santiago, y Salomé, volvieron al Gógotha para ver la tumba. Después de la puesta del sol, ellas compraron perfumes que querían derramar sobre el cuerpo de Jesús.

CAPITULO XII.

JESÚS RESUCITADO.

Al día siguiente, á la primera hora, antes de la aurora, ellas abandonaron á Bethania, dirigiéndose hacia el Gógotha y llevando los aromas comprados la víspera. En el camino, ellas

Al día siguiente, á la primera hora, antes de la aurora, ellas abandonaron á Bethania, dirigiéndose hacia el Gógotha y llevando los aromas comprados la víspera. En el camino, ellas

Al día siguiente, á la primera hora, antes de la aurora, ellas abandonaron á Bethania, dirigiéndose hacia el Gógotha y llevando los aromas comprados la víspera. En el camino, ellas

1. Mat., XXVIII; Marc., XVI; Luc., XXIV, Juan, XIX, XX, XXI.

se decían una á la otra:—¿Quién rodará la piedra de delante del sepulcro?

Ninguna de ellas nada sabía del acontecimiento extraordinario que había pasado, en el mismo momento en que ellas salían de Bethania.

De repente la tierra había temblado. Una fuerza divina, un ángel de Dios, dice el Evangelio, había bajado del cielo. El había rodado la piedra de la entrada y ahí se había sentado. Su rostro era como el relámpago y su vestido blanco como la nieve. Los guardias, á su vista, sobrecogidos de terror, habían caído como muertos, y vueltos de su espanto, habían huido.

El sol ya había salido, cuando las mujeres llegaron al Gógotha; y al mirar la tumba, la vieron abierta: la enorme piedra estaba retirada. María Magdalena, á esta vista, creyó en el robo del cuerpo de su Señor, en una profanación, y mientras que sus compañeras penetraban en el interior del sepulcro en donde, en efecto ellas nada hallaron, María Magdalena fué en busca de Simón Pedro y de Juan, el discípulo preferido de Jesús.

—Ellos han quitado á mi Señor, extraviado, y no sabemos en dónde le han puesto.

En el acto, Pedro y Juan salieron y llegaron al sepulcro. No caminaban, corrían, según la expresión de uno de ellos; es el mismo Juan quien cuenta esta narración. El llegó el primero; y al bajar á la abertura de la gruta, él percibió los lienzos puestos en tierra; pero él no entró. Pedro, que le seguía, entró, resueltamente; él vió en efecto á los lienzos en la tierra, y al sudario que cubría la cabeza de Jesús, separado de la sábana, y plegado en un lugar aparte. Juan penetró con Pedro en el sepulcro; él vió y él creyó, como le había dicho Magdalena, que el Señor había sido sustraído.

La idea de la resurrección de Jesús y de su resurrección en

la carne, no les vino al espíritu: ellos no la conocían aún, según el testimonio del Evangelista; y aun cuando ellos hubieran escuchado muchas veces al Señor anunciarla en términos expresivos, ellos no la entendían. Ellos la veían á través de sus preocupaciones religiosas; ellas debían confundirla con la venida del Mesías, con la majestad y el esplendor de su Reino.

Inmediatamente después de haber visitado el sepulcro, se fueron á su casa tristes, contrariados.

Las mujeres, entregadas á su duelo y á su tristeza, vagaban en el jardín. María, de pie, á la entrada de la gruta funeraria, lloraba; como ella se inclinó para ver, al menos, el lugar en el que había sido depositado Jesús, ella apercibió, bajo forma humana, á dos ángeles vestidos de blanco, el uno á la cabeza y el otro á los pies del lecho sepulcral.—Mujer, la dijeron ellos, ¿por qué lloras?—Ellos se han llevado á mi Señor, respondió ella, y no se donde le han puesto.

Al decir estas palabras, ella se volvió, buscándole con sus ojos arrasados de lágrimas.

Ella vió á Jesús de pie; pero no le reconoció.

—Mujer, la dijo Jesús, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Creyendo que él era el jardinero, ella respondió:—si soís vos quien le ha sacado, decidme en donde le habéis puesto, y yo le llevaré.

Jesús la llamó por su nombre: "María." A este metal de voz, á esta llamada que ella tan á menudo había escuchado, ella reconoció á su Señor:—¡Oh, Señor mío! respondió, arrojándose á sus plantas para besárselas, como ella hacía cuando él estaba vivo.—"No me toques, dijo Jesús, porque aún no he subido á mi Padre. Pero vé á mis hermanos y díles: yo subo á mi Padre y vuestro Padre, á mi Dios y vuestro Dios."

Estas palabras misteriosas advirtieron á Magdalena que no ha llegado la hora de gozar de la presencia divina de su Señor y de

su humanidad, transfigurada. El no reaparece en esta tierra sino para irse. El no está aún en el lugar de la inmortalidad, él sube á su Padre, á su Reino glorioso. Ahí es donde se realizará la comunión total con él en una posesión que no terminará y en los transportes que, nada terrestre turbará.

Entretanto, él confía á su servidora la más amada el mensaje que promete la comunión inefable á la que Jesús convida en el cielo á todos sus fieles, — á sus hermanos, como él les llama. Nadie merecía mejor que Magdalena ser la mensajera de Jesús.

Es una mujer quien, la primera le ve resucitado, escucha su voz, comprende por qué la tumba está vacía. El cuerpo del sepultado no ha sido sustraído. La virtud omnipotente de Dios, ejerciéndose por los seres invisibles que son sus enviados, movió á la tierra, rodó la piedra que cerraba el sepulcro; y el Crucificado se levantó vivo, triunfante, glorioso.

El reanimó su cadáver que no debía sufrir la descomposición de la tumba. En lo de adelante, él está en la vida y no puede morir.

Su cuerpo, — el mismo que él había entregado al sufrimiento y á todos los tormentos de la cruxifixión, — está libre para siempre de la ley del dolor y de la corrupción. El no puede ni alterarse ni sufrir. El adquiere una especie de espiritualidad. La materia con sus espesuras y su opacidad, no le embaraza ya: él tiene la sutileza que penetra la materia. La gravedad no le arrastra, el espacio no le aprisiona; él es rápido y ágil, como la voluntad que le mueve, y de la que él es el instrumento perfecto. El es tangible y visible, á su gusto; él reaparece y desaparece como él quiere. Como el alma toma la forma de sus ideas, el cuerpo de Jesús reviste las apariencias que le convienen, sin perjuicio de su naturaleza y de su identidad. El ha guardado, por lo tanto, sus cicatrices, ellas serán la marca gloriosa é imborrable de sus combates terrestres, y hasta en su

Reino celestial ellas atestiguarán su victoria sobre el pecado y su amor infinito para los hombres.

Al mirarle, durante esos días en que él ha querido mostrarse, á los pocos privilegiados que han tenido esta visión divina, aprendieron á conocer el verdadero destino del hombre. Ellos ven, ellos palpan, ellos entienden el mundo invisible. Toda la gloria de Jesús, señor de la muerte, resucitado á la vida plena é inmortal, llegará á ser el patrimonio de los que creerán en él. Habrá en lo de adelante, en sus elegidos, una clara, una inmensa esperanza. Ellos sabían que el pecado está vencido, y que la muerte está vencida por el pecado. Ellos van á aprender los últimos misterios de ese reino mesiánico realizado en fin en su Maestro. Lo mismo que el cielo y los espíritus que le llenaban estaban en conmoción y en actividad en torno de la cuna de Jesús, igualmente ellos están en movimiento sobre su sepulcro. La fe en Cristo resucitado será la gran palanca que levantará al mundo; para arraigarla en sus discípulos la fuerza de Dios trabaja en este día.

El desaliento, el abatimiento, el dolor, la incertidumbre se ha apoderado hasta de los mismos apóstoles. La Providencia les entrega á su debilidad, para mostrarles que ellos son nada, si la intervención personal, directa, omnipotente de Jesús no les levanta. No es á ellos á quienes el Resucitado se manifiesta primero, sino á sus siervas fieles. El consuela primero á aquellas cuyo dolor es más agudo, y las envía á llevar la esperanza y la fe á sus discípulos desconcertados.

Mientras que María-Magdalena fué á advertir á los discípulos de Jesús, algunas de las mujeres que habían venido á la tumba y á quienes la desaparición del cuerpo había consternado, habiéndose acercado al monumento, vieron de improviso cerca de ellas á dos ángeles, bajo la forma de hombres, vestidos con túnicas resplandecientes. Ellas quedaron sobrecogidas de terror; y como ellas bajaran los ojos deslum-

brados:—¿Por qué, les dijeron ellos, buscáis á Aquel que vive, entre los muertos? El no está aquí, ha resucitado. Acordáos de lo que él os dijo, cuando estábais aún en Galilea: es preciso que el Hijo del hombre sea entregado á las manos de los pecadores, que él sea crucificado, y que resucite al tercer día.

Y ellas se acordaron de estas palabras.—Apresuráos, agregaron los ángeles, en ir á decir á sus discípulos que él ha resucitado. El va delante de vosotros á Galilea: allí le veréis, como él os lo dijo.

Y ellas salieron de la cámara sepulcral, para llevar estas palabras á los discípulos. Ellas eran presa de una alegría mezclada de temor. Ellas no osaban decir nada.

Derepente, Jesús se presentó á ellas:—“Dios os guarde,” las dijo.

A su vista, ellas se prosternaron á sus pies y los abrazaron.—“No temáis,” agrega el Señor, id á decir á mis hermanos que vayan á Galilea; allí, ellos me verán.”

La narración de Magdalena y de sus compañeras no halló en los discípulos más que la incredulidad. Ella les pareció, dice un Evangelio, un delirio.\*

Pedro, por tanto, se levantó, corrió una segunda vez al Golgotha, entró á la tumba, se inclinó sobre el lecho sepulcral, vió todavía á los lienzos en la tierra; nada más. Tal vez esperaba ver á su Maestro; se fué, admirado dentro de sí respecto á lo que hubiera podido pasar.

Un primer hecho domina á toda esa semana que siguió á la muerte de Jesús: el dolor y el abatimiento de los discípulos, aun de aquellos que se llaman los Once, y quienes, admitidos, hasta el último momento, en la intimidad del Maestro, habían protestado tan enérgicamente su fidelidad.

Este silencio de Dios ante la condenación y el suplicio de

\* 1 Mat., XXVIII, 7; Marc., XVI, 7.

2 Luc., XXIV, 11.

Jesús les abate. Ellos creían en una manifestación resplandeciente de la fuerza y de la gloria divinas para confundir á los enemigos de su Maestro é inaugurar su reino Mesianico. Nada; nada sino una tumba vacía, narraciones de mujeres pretendiendo haber visto ángeles en el sepulcro, y haberle visto á él mismo. Ellos no han visto más que el sepulcro abierto, los lienzos en los que estaba envuelto el cuerpo, puestas en la tierra, y el sudario plegado, en otro lugar. Pedro vino dos veces á comprobar esto: la primera vez con Juan, cuando María-Magdalena le anunció la apertura de la tumba; la segunda vez solo, cuando Magdalena vino á contarle la aparición de los ángeles y la de Jesús.

Para vencer la obstinación de los Once y darles ánimo, será menester que ellos estén convencidos de la resurrección, y para convencerles, será preciso nada menos que la intervención de su Maestro resucitado, manifestándose á ellos, en varias ocasiones, en la realidad de su cuerpo y de su vida gloriosa. Ellos no cederán sino ante su presencia y á su acción. La resurrección no será ya para ellos un objeto de fe, sino un hecho evidente; ellos van á ver á Jesús, á tocarle y á escucharle. Ellos sabrán en lo de adelante que el Santo de Dios no ha sido entregado á la corrupción de la muerte; que Dios le ha arrancado de la potestad de sus enemigos, que él va á entrar en su gloria, y á inaugurar él mismo su Reino mesianico.

Los acontecimientos aterradores de la mañana que habían señalado la resurrección del Crucificado, fueron conocidos inmediatamente, en la ciudad. Algunos de los guardias habían acudido á informar al Sanhedrín y á los grandes sacerdotes. Tuvose una sesión extraordinaria. Los Saduceos, siempre escépticos, no parecieron conmoverse. La resurrección no entraba en su filosofía. Un resucitado no podía parecerles sino

1 Salmo., XV, 10.

2 Mat., XXVIII, 15 y sig.

una quimera. Esos sabios no fueron nada perspicaces: el Resucitado iba á ser el gran victorioso. Ellos no pensaron sino en su interés inmediato, y prosiguiendo hasta al fin su política de bellaquería y de odio, resolvieron encubrir la narración de los guardias y comprar á precio de plata su mentira:—Decid por todas partes, ordenan ellos á esos soldados, que sus discípulos llegaron por la noche, y le sustrajeron mientras que vosotros dormíais. Y si el gobernador llega á saberlo, nosotros le persuadiremos, y os defenderemos. No temáis.

Los soldados vendidos ejecutaron la consigna; su fábula circuló en la sociedad judía. Ella se refería todavía, diez años después, en el tiempo en el que uno de los Evangelistas que refiere el hecho, redactaba sus Memorias.

La verdad no se deja disfrazar por la malicia humana. Las obras prodigiosas del Resucitado le han dado testimonio, y ningún historiador imparcial osará dar por base á la religión de Jesús la superchería de algunos Saduceos y la venalidad de algunos soldados.

Nada manifiesta mejor el estado del alma de los discípulos de Jesús, en esos días que siguieron á su muerte y en aquel que vió su resurrección, que el hecho siguiente. El ha sido referido por San Lucas con detalles tan preciosos y una emoción tan verdadera, que se ha pensado, no sin motivo, que él fué uno de los actores puestos en escena.<sup>1</sup>

Era la noche de la resurrección. Dos discípulos fueron á un barrio de Nicópolis llamado Emmaus,<sup>2</sup> á ciento sesenta estadios de Jerusalem.<sup>3</sup>

En el camino ellos hablaban de todo lo que había pasado. Ahora bien, cuando ellos hablaban y conferenciaban juntos, Jesús se acercó y caminó con ellos. Pero algo impedía que sus ojos no le reconociesen.

<sup>1</sup> Luc., XXIV, 13 y sig.

<sup>2</sup> Véase el Apéndice S. *Situación de Emmaus*.

<sup>3</sup> La Vulgata trae sesenta estadios; pero es permitido ver allí un error del copista. El Codex Sinaitico y el Vaticano mencionan ciento sesenta.

El cuerpo glorioso de Jesús, por real que es, está en un estado que ninguna ciencia puede apreciar. El participa de la potestad del espíritu. El puede aparecer y desaparecer, ocultarse ó dejarse ver, modificarse y cambiar de forma.

Al abordar á los dos viajeros, él les parece ser uno de los numerosos peregrinos extranjeros llegados á la Ciudad santa para la fiesta.

—¿De qué platicáis, así tan tristes, al caminar? les dijo Jesús:

Uno de ellos, llamado Cleofas, le respondió: ¿Sóis el único tan extranjero en Jerusalem, que no sabéis lo que ha pasado en estos días?

Jesús parecía ignorarlo todo intencionalmente, para llevarlos á expresar lo que piensan:—“¿Qué?” les dijo.—Se trata de Jesús de Nazareth, profeta poderoso en obras y en palabras, ante Dios y ante todo el pueblo. Los príncipes de los sacerdotes y muchos jefes le han entregado para ser condenado á muerte, y ellos le han crucificado. Esperábamos que él fuese aquel que debía libertar á Israel, y al esperar, ved que han pasado tres días.

—Es verdad, añadió Cleofas, que algunas de las mujeres que están con nosotros nos han espantado. Ellas fueron antes de amanecer al sepulcro, y no han encontrado su cuerpo; y ellas han venido á decirnos que los ángeles se les han aparecido, quienes dicen que está vivo.

Algunos de nosotros, en efecto, hemos ido al sepulcro; ellos han encontrado todo como lo habían dicho las mujeres; pero á él no le han hallado.

Entonces Jesús les dijo:—“Oh insensatos y de corazón tardío para creer lo que han dicho los profetas! No bastaba que Cristo sufriera estas cosas y entrara así en su gloria?”

Y recorriendo á todos los profetas, comenzando por Moisés, él les interpretó lo que concierne á Cristo en todas las Escrituras.

Como ellos llegasen cerca de Emmaus, Jesús, á quien los dos discípulos no reconocían, fingió seguir su camino. Una fuerza

secreta les encadenaba á él; ellos le estrecharon, á detenerse. — Permaneced con nosotros, le decían, se hace tarde y ya el sol baja. ....

El aceptó su hospitalidad.

Ahora bien, mientras que él estuvo en la mesa con ellos, el jefe de una casa extranjera, obró como jefe de familia. Según el uso, él tomó el pan, dió gracias, le partió y se los presentó, como tenía costumbre de hacerlo con sus discípulos.

En este momento, sus ojos se abrieron; y, como si un velo cayese, reconocieron á su Maestro. Y él desapareció á sus miradas.

Esta vista rápida bastó á su fe, ellos creyeron en lo de adelante en la resurrección de Jesús crucificado. La conversación, que había hecho el gasto todo el viaje, volvió á la memoria de los discípulos conmovidos, y ellos se comunicaron lo que habían sentido. — ¿Nuestro corazón, se decían, no estaba ardiente, dentro de nosotros, mientras que él nos hablaba, en el camino, y nos abrió las Escrituras?

Ellos se levantaron sin tardanza, y volvieron á tomar, á la misma hora, á toda prisa, el camino de Jerusalem, impacientes de referir á sus compañeros lo que acababan de ver y de oír.

Parece que algunos de los que encontraron no podían creer en su narración. Este rasgo nuevo indica con cuánta resistencia obstinada tropezaba, en el alma de los discípulos, la fe en la resurrección. Pero Jesús resucitado vela en persona por los suyos; al manifestarse él mismo á ellos, les ilumina, les lleva poco á poco á la verdad, y acaba de instruirles del misterio de su triunfo.

La tarde de ese mismo día, él se había manifestado á Pedro; pero el detalle de esta aparición no es conocido: sólo San Lucas y San Pablo le mencionan, sin comentarios.

1 Barac., fol. 45 y 41.

2 Marc., XVI, 13.

3 Luc., XXIV, 34; 1. Cor., XV, 5.

Quando los dos viajeros de Emmaus llegaron á Jerusalem, encontraron reunidos á los Once, y á otros discípulos con ellos. Se hablaba de la resurrección, y algunos decían: — El Señor ha resucitado verdaderamente; Pedro le ha visto. El testimonio de Cephas no pareció, sin embargo, haber tenido sobre todos una autoridad decisiva. Se escuchó la narración de Cephas y de su compañero; ellos refirieron la conversación del viaje, y cómo habían reconocido á Jesús, por la manera con que partió el pan en esa mesa en la que se había sentado con ellos. Este nuevo testimonio no triunfó absolutamente de la incredulidad de todos.

Ya era tarde. Temíase á los Judíos, y las puertas de la casa en donde los discípulos estaban reunidos estaban cerradas. Los dos discípulos hablaban todavía, cuando Jesús llegó y se colocó de pie en medio de ellos.

— «La paz sea con vosotros», les dijo. «Yo soy, no temáis.»

Esta entrada repentina, milagrosa, les turbó y les aterrizó: creían ver un espíritu; una especie de aparición. Jesús les confortó.

— «¿Por qué esta turbación, por qué estos pensamientos que suben á vuestros corazones? El se acercó á ellos, y les manifestó sus cicatrices. — «Ved mis manos y mis pies: soy yo mismo. Tocad, mirad: un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo.»

Los discípulos vuelven á encontrar á su muy amado Maestro. Le ven, le tocan; su alegría desborda. No osan creer en su felicidad. El corazón humano así es; sus esperanzas son pusilánimes; lo que le llega de feliz más allá de ellas, le desconcierta. El cree más fácilmente en el mal que en el bien.

Jesús quiso arraigarles en la fe. Para librarles de esa timidez para creer, les dijo: — «¿Tenéis algo que comer?»

Ellos le ofrecieron un pedazo de pescado asado y un panal

de miel. El les tomó, les comió delante de ellos, y tomando los restos, se los dió.

Por tanto, es un cuerpo vivo y orgánico el cuerpo de Jesús resucitado. No hay en esta escena una vana fantasmagoría, todo es real. La manducación, aunque ella no tenga que servir para la nutrición de aquel que, por lo demás, está exento de las leyes de la naturaleza animal.

Entonces, Jesús les dijo de nuevo: —“La paz sea con vosotros. Como el Padre me ha enviado, así yo os envío.”

Les insinuó que su presencia visible es de corta duración, y que ellos van á ser sus representantes, sus enviados en el mundo. La autoridad que él tiene del Padre, la misión que el Padre le ha confiado y que se termina con su muerte y con su resurrección, va á revestirlos de ella.

Una palabra resume este poder y esta función: comunicar el Espíritu de Dios y remitir los pecados á aquellos que se abrirán á su palabra, con el arrepentimiento y con la fe. En este momento, y para expresar con un símbolo enérgico lo que él les revelaba, sopló sobre ellos, diciéndoles:

—“Recibid al Espíritu Santo: aquellos á quienes perdonáreis los pecados, les serán perdonados; aquellos á quienes les retuviéreis, les serán retenidos.”

Ved el segundo y divino poder de los apóstoles.

Antes de morir, en el Cenáculo, Jesús les había dado el poder de renovar y de perpetuar, bajo las especies del pan y del vino, el sacrificio de la Víctima eterna; hoy, en esta otra noche, les infunde el Espíritu Santo y les confiere el poder de santificar á las almas y de perdonar los pecados con ese Espíritu.

Esta manifestación tuvo efecto pleno sobre los discípulos; ella triunfó de su incredulidad y calmó sus agitaciones. Ellos se decían:—Nosotros hemos visto al Señor. La resurrección llegó á ser para todos los testigos de esta escena divina un hecho visible y palpable.

Dios permitió, sin embargo, que uno de los Once estuviese ausente: Fué Tomás, la naturaleza más positiva de la pequeña comunidad. Cuando los otros llegaron á decirle:—Nosotros hemos visto al Señor, él se reveló por completo.—Por lo que á mí toca, les respondió, si yo mismo no le veo, y si no meto mi dedo en sus manos, en donde mismo estaban los clavos, y mi mano en su costado, yo no creeré.

¡Cuántos se reconocerán en el apóstol exigente! El testimonio de sus compañeros le extravía; él no se fia de nadie sino de él y de su Maestro. Los demás han visto; él quiere ver; si él no ve, no creerá absolutamente.

La incredulidad iba á ser vencida. El Salvador quiere que su rebaño esté en la plena unidad de la fe. Una nueva manifestación acabará á la obra.

Ella tuvo lugar ocho días después de la que había convenido á los Once.

Ellos se encontraban todavía reunidos, con las puertas cerradas, en una casa. Tomás estaba presente; Jesús apareció, aun cuando las puertas no estaban abiertas. Y en pie en medio de ellos, les dijo aun:—“La paz sea con vosotros.” Desde que él abandonó el sepulcro, la paz desborda de él.

Dijo á Tomás:—“Mete tu dedo aquí, y mira mis manos. Extiende tu mano é introdúcela en mi costado. En lo de adelante, no seas incrédulo, ten fe!”

El discípulo prorrumpió en una exclamación conmovedora:

—¡Mi Señor y mi Dios!

El fué iluminado; y al ver al Resucitado, confesó al Dios.

Jesús entonces, hablando para el porvenir y para todos aquellos quienes, á ejemplo de Tomás, intentasen recusar los testimonios auténticos y la palabra de sus apóstoles, dijo á Tomás,—el verdadero tipo del alma refractaria á la fe:—“Porque me has visto, Tomás, tú has creído. Bienaventurados aquellos que no vea y que creen!”

La escuela racionalista, ante semejantes testimonios, respec-

to á la resurrección y á las apariciones de Jesús, suscita la cuestión del milagro.

Ningún milagro, en efecto, es más grande que aquel. Pero ninguno está más severamente, más solemnemente atestigüado. No es una mujer, no son las mujeres solamente, son los hombres, y hombres por centenares quienes le afirman. Lo que ellos dicen, certifican haberlo visto, á intervalos; y ellos refieren que ellos no podían creerlo, que les ha sido necesaria la evidencia para admitirlo. Incrédulos primero, incrédulos hasta la terquedad, sólo su Maestro, por su presencia repetida, les ha convencido, que él era realmente el Crucificado, conservando las señales, los estigmas de su suplicio, y les ha demostrado por los hechos más palpables, que él tenía un cuerpo real, el mismo que había sido puesto en la cruz; pero él les había demostrado también que su cuerpo glorioso ya no tenía las debilidades de esta vida en donde se sufre y se muere.

Ante semejante atestación, se inclina el historiador imparcial; aquel que obedece á teorías preconcebidas se rebela. Su filosofía le obliga á negar el milagro,—lo que esta filosofía al menos llama milagro, y para negar, él sacrificará la honradez ó la inteligencia del testigo.—Esos eran engañadores é impostores, dirá; y si la palabra parece muy violenta, él la corregirá con un término enfémico, pero igualmente injurioso:—Esos fueron alucinados y cándidos.

En efecto, según la escuela que niega lo sobrenatural, Jesús murió como nosotros, él no ha resucitado como nuestros muertos. Sus discípulos ocultaron su cadáver, y por una impostura que explica su fanatismo, sin justificarla, ellos esparcieron la fábula de la resurrección. Explicación ofensiva; sobre qué descansa? Los Judíos, quienes, los primeros, pusieron en circulación, entre ellos, esta hipótesis, jamás la han probado. Ella fué la creación del odio; y ellos no la han propagado sino comprando el testimonio de algunos soldados, los verdugos de Jesús. Toda hipótesis arbitraria se condena ella mis-

ma, ella llega á ser criminal, si ella es injuriosa. Ahora, lo que la historia nos enseña de los discípulos de Jesús, de esas naturalezas sencillas que el contacto del más santo de los Maestros poco á poco ha transformado, prohíbe lanzarles el epíteto de engañadores y de impostores.

El siglo diez y ocho, quien no ha retrocedido ante ninguna burla y ninguna insolencia, no ha persuadido á nadie. La justicia de la opinión se ha rebelado; no es permitido explicar como lo ha hecho la historia evangélica y en particular la resurrección de Jesús.

El racionalismo del siglo diez y nueve se ha lanzado sobre el sistema de la alucinación.

Por este fenómeno mórbido es como él cree dar cuenta de todos los fenómenos, de apariciones sobrenaturales, por los que el mundo invisible, se revela algunas veces en nuestra vida terrestre. Pero si ese caso patológico no puede ser negado, su aplicación es á menudo ilógica y ultrajante. Los alucinados son locos; ellos creen ver fuera de ellos lo que no está sino en ellos; ellos "objetivan" lo que es subjetivo. Esos son enfermos; ellos llevan en su organización las pruebas de su estado morbozo: la nevrosis, la exaltación, la extravagancia y la incoherencia.

Querer explicar por la alucinación las escenas tan netamente descritas, en las que Jesús resucitado ha aparecido, á intervalos, á las mujeres que le habían seguido en su apostolado á sus discípulos aislados ó juntos, hablándoles un language sublime, comiendo con ellos,—querer explicar tales hechos por la alucinación, es juntamente irracional y ofensivo.

Jamás esta teoría explicará la transformación prodigiosa que cambió á los apóstoles, primero tan lentos en creer, en hombres de una convicción inquebrantable y heroica. Los Once, para no hablar, sino de ellos, no presentan ninguna señal de nevrosis, de exaltación y de incoherencia. Son hombres sanos de cuerpo y de espíritu, hombres como todos los demás, sin facultad extraordinaria, pero sin idea extravagante.

Hay en la alucinación un rasgo esencial: el alucinado ve siempre lo que teme ó lo que desea. Ahora los apóstoles no tienen la idea de la resurrección de su Maestro; ellos no la temen ni la desean; no comprendiéndola, ellos rehusan hasta creer en ella. Ellos son lo contrario de los alucinados: éstos piensan ver lo que no existe; aquellos se obstinan en negar lo que existe. Invocar para dar cuenta de la posibilidad de un estado semejante, el amor ardiente de Jesús, el espejismo de la luz oriental, la primavera de Galilea, su cielo resplandeciente, es exponerse á la sonrisa de los que conocen el Oriente y que saben las sutilezas, las astucias sencillas de la incredulidad. El Judío y el Árabe no sueñan. Nadie mejor que ellos tiene el sentimiento de la naturaleza, y por consiguiente es menos accesible á esa exaltación refinada que sólo el moderno imaginativo puede experimentar.

Además, no se debe olvidar que el mundo ha sido conquistado á la fe por esos hombres que predicaban á un Dios crucificado y resucitado. No hay ejemplos de alucinados conquistando al mundo. Todos están condenados á no recoger sino la compasión. Así, negar el milagro de la resurrección de Jesús, es crear otro: la fundación del Cristianismo por alucinados.

A aquellos que no parecen conocer sino las leyes de la naturaleza física y animal, es bueno recordarles las leyes universales de la naturaleza moral y humana, racional y divina. La muerte es la consecuencia lógica, fatal, inexorable, del pecado. Si el pecado no ha manchado á un ser, es justo que él escape á la muerte. La santidad absoluta de Jesús le defendía contra la disolución; y si por amor á los hombres, Jesús se ha entregado á la muerte, en plena libertad, siguiendo la orden de su Padre, la justicia de Dios debía librarle para siempre.

La resurrección es el gran acto de la justicia divina hacia el único. Ser inocente que la tierra ha conocido.

Tomás fué el último de los Once que creyó en su Maestro. Entonces fué, en el momento en que los peregrinos de la Pascua, después de las fiestas, dejaban á Jerusalem, cuando los disci-

pulos se alejaron también y tomaron el camino de la Galilea.

Jesús, durante su vida, al profetizarles la resurrección, les había dicho que él les precedería allí<sup>1</sup> y las mujeres que le vieron resucitado habían reiterado á los Once la orden del Señor, de volver á Galilea, á donde él les había citado.

Evidentemente, á Capharnaum es á donde los discípulos volvieron. Pedro allí tenía su casa; más que nunca, él era el centro al que se unían los demás. Pero las narraciones evangélicas no se refieren por lo demás sino á un punto: las manifestaciones del Maestro Resucitado. Todo eso se eclipsa ante esos hechos por los cuales se afirmaba la fe de los discípulos, se despierta la conciencia de su misión futura, y comienza entre ellos y Jesús esta indisoluble unión que va á desafiar al mundo.

Una noche en Capharnaum, se hallaban reunidos Simón Pedro, Nathanael el Cananeo, los dos hijos del Zebedeo, y otros dos discípulos inominados.<sup>2</sup> Ellos debían revivir en su mundo los tiempos en los que el Maestro estaba con ellos. Esa casa, esa cámara alta en donde estaban reunidos, esas paredes le habían abrigado. Esa barca era la suya; aquella misma que él se había reservado. Hé aquí el lugar á donde le agradaba retirarse: hé aquí aquel en el que él se embarcaba. El corazón humano no cambia; él despierta todos los recuerdos quienes, al invocar el pasado, nos devuelven á los seres queridos desaparecidos.

Pedro ha vuelto á sus redes.—Yo voy á pezar, dijo á sus compañeros, y éstos le respondieron:—Nosotros iremos contigo.

Ellos salieron y montaron en una barca. Pero ellos no tomaron nada en esta noche. En la mañana, como ellos se acercaron á la ribera, apercibieron á alguno que parecía esperar la llegada de la barca. Era Jesús; ninguno de los discípulos le reconoció.

<sup>1</sup> Mat., XXVI, 32; Marc., XIV, 28.

<sup>2</sup> Juan, XXI, 1 y sig.

—“Hijos,” les dijo, “¿no tenéis nada que comer?”—No, respondieron los barqueros.—“Echad la red,” replicó el desconocido, “del lado derecho de la barca hallaréis.” Ellos la arrojaron. La cantidad de peces era tan grande que ellos no podían sacarla.

Sus ojos se abrieron á la luz. El discípulo amado dijo á Pedro:—¡Este es el Señor! ¡Su corazón le había adivinado! Pedro, al escuchar la palabra de Juan: “¡Este es el Señor!” se puso su vestido, se ciñó y se lanzó á la mar al encuentro de su Maestro. Se estaba á doscientos codos de la playa. Los demás discípulos remaron, remolcando la red con los peces.

Cuando hubieron bajado á tierra, vieron ahí un bracero encendido, un pez puesto encima y pan. Esta comida misteriosa preparada por Jesús, parece un símbolo de la previsión con la que vela sobre sus apóstoles.

—“Traed, les dijo, los peces que acabáis de pescar.” Pedro subió á la barca, tiró á la playa la red, llena de ciento sesenta y tres peces grandes; y la red no se rompió. Aquel que en otro tiempo decía á esos mismos discípulos: “Yo haré de vosotros pescadores de hombres,” les profetizó hoy por esa captura abundante, inesperada, lo que sería un día su apostolado.

—“Venid y comed,” les dijo Jesús. Ellos se sentaron en la playa, no atreviéndose á interrogar á aquel que sabían era el Señor. Un temor religioso les embargó. Entonces, vino Jesús, tomó el pan, se los dió, y lo mismo el pezcado.

Cuando hubieron comido, miró á Simón—Pedro:—“Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que á éstos?”—Sí, Señor, sabéis que os amo.—“Apacienta á mis corderos,” respondió Jesús. En seguida, renovando la pregunta:—“Simón, hijo de Jonás; ¿me amas?”—Sí, Señor, respondió Pedro; sabéis que os amo.—“Apacienta á mis corderos,” dijo Jesús.

En fin, por tercera vez, el Maestro interpelando á Pedro, le preguntó: “Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro se con-

tristó por esta nueva interrogación; y dió esa respuesta que respira un amor y una confianza sin límites.—Señor, vos sabéis todo, vos sabéis que yo os amo. El habló no al hombre sino á Dios que todo lo sabe, él afirmó su amor. Jesús le dijo: “Apacienta mis ovejas.”

Este es el perdón solemne, la rehabilitación de Pedro el renegado, ante los apóstoles; la elevación del discípulo arrepentido y amante á la primacía en el Reino. Pedro sólo está encargado del redil, de los corderos y de las ovejas, de los simples fieles y de los pastores secundarios: á él le toca conducir á los pasturajes de Cristo; y como las almas no se alimentan sino de la verdad de Dios, de la fuerza de Dios, del amor de Dios: á Pedro, el más grande de los pastores, incumbe comunicar la verdad por la doctrina, la fuerza y el amor por los sacramentos. Jesús le da la guarda de esos tesoros incorruptibles. La Iglesia, como poder jerárquico, está toda en él, en lo sucesivo. La palabra del Señor acaba de crearla, en un instante, á orillas de ese lago, en donde él había prometido á Pedro hacer de él un pescador de hombres.

Pero la función soberana á la que Jesús eleva á su apostolado, confiriéndole la plenitud de su poder, bajo esta fórmula que expresa un amor infinito: “Apacienta mis ovejas,” no estará sin dolor. Nada divino está sin dolor. Pedro tendrá la suerte de su Maestro; en su destino, el martirio será igual á la gloria. Jesús se lo anuncia:

—“En verdad, en verdad, yo te digo, Pedro, cuando eras joven, tú mismo te ceñías é ibas á donde querías. Pero cuando seas viejo, extenderás tus manos, y otro te ceñirá y conducirá á donde tú no quieras.”

Ved lo que Jesús reserva á sus predilectos, á sus más grandes apóstoles. Formados á su imagen, continuando su acción en la humanidad, ellos deben llevar los estigmas de su Maestro, entregarse como él á la inmolación, y atestiguar la verdad

que ellos anuncian por la plenitud de la adhesión y el heroísmo del sacrificio.

En fin, Jesús dijo á Pedro: "Sígueme." Parece tener alguna palabra más secreta que confiarle. Quizá quiere sencillamente, por este acto simbólico, indicarle que en todo no hay más que seguir sus pasos. Pedro obedeció, y volviéndose á sus compañeros, apercibió á Juan, el discípulo amado, quien venía también.

—Y de éste, dijo á Jesús, ¿qué llegará á ser?

La pregunta de Pedro, muy afectuosa, no era sin curiosidad.

Jesús le replicó:—"¿Qué te importa! Si yo quiero que este permanezca hasta que yo venga. Tú, sígueme."

Esta respuesta guarda cierto misterio; ella dió lugar más tarde, en el círculo de los discípulos de Juan, á una creencia singular. Se decía: El apóstol muy amado no morirá. El mismo apostol la combate, sin esclarecer la obscuridad querida de la palabra dicha á este respecto. Jesús parece oponer la muerte violenta reservada á Pedro con la muerte tranquila de Juan. Todos los apóstoles, Cephas á su cabeza, morirán por el verdugo; pero los hombres no lograrán absolutamente abreviar por el martirio la larga carrera de Juan. El Maestro amado vendrá á tomarle. El está destinado á perpetuar en la generación cristiana las palabras más grandes de Jesús; ninguno se acordará como el santo anciano de lo que el Maestro dijo. El, quien habla sido el más tiernamente amado, ¿no debía tener el privilegio de acordarse mejor?

La presencia de los Once en Galilea, sus testimonios respecto á la resurrección, habían llevado en torno de ellos á muchos de los discípulos á quienes la muerte de Jesús había dispersado. No todos acogían la palabra de los apóstoles, ni de los privilegiados á quienes el maestro se había manifestado.

Una nueva aparición más solemne que las demás, vino á

fortificar la fe de los indecisos.<sup>1</sup> Ella tuvo lugar en una de las colinas vecinas del lago, una de aquellas en las que Jesús, sin duda, se había retirado frecuentemente con sus apóstoles para enseñarles y para orar. El se las había indicado como el lugar en donde le volverían á ver. Su nombre ha desaparecido de los recuerdos de la tradición. San Pablo, quien habla de esta última manifestación en Galilea, la señala como uno de los testimonios irrecusables del hecho de la resurrección. "Estaban ahí," escribió, "más de quinientos hermanos. Jesús fué visto por ellos; y muchos de ellos viven aún entre nosotros."

Al verle, ellos le adoraron.

Jesús se acercó á ellos. Les habló. Afirmó su potestad soberana, universal y la misión reservada á sus discípulos.

—"Toda potestad me ha sido dada en el cielo y sobre la tierra. Id y enseñad á todas las naciones. Bautizadlas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu-Santo. Enseñadlas á conservar todo lo que os ha sido ordenado; y ved que yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos."

Cada palabra de Jesús resucitado es una palabra creadora.

Cuando dijo: "Recibid al Espíritu-Santo," él crea el poder sacerdotal que juzga y santifica. Cuando dijo á Pedro: "Apacienta á mis corderos, apacienta á mis ovejas, él crea el primado de la jerarquía suprema de su Reino. Al decir hoy: Id y enseñad á todas las naciones. Bautizadlas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu-Santo," él crea el derecho supremo del apostolado. El le muestra la extensión de su dominio que será sin límites, universal como Dios, puesto que todos son llamados á escuchar la voz de Jesús y á componer su Reino. El resume todo lo que los apóstoles tendrán que decir á la humanidad, sus propios mandamientos; él marca el bautismo como el gran sacramento de la incorporación á la vida divina que él trae á la tierra, y que tiene por objeto elevarnos al Padre, fuente inagotable y eterna de esa vida, con

<sup>1</sup> Mat., XXVIII, 16 y sig.

<sup>2</sup> I Cor., XV, 6.

el Hijo que es la manifestación perfecta por el Espíritu, única fuerza capaz de realizar esta incorporación.

En seguida dijo á todos:

—“Yo estoy con vosotros hasta el fin de los siglos.

El no solamente está libertado de la muerte, y vivo, él está libre de todo lo que limita á los mortales y á los vivos: la duración y el espacio. A pesar de los siglos, á pesar de la distancia, él estará presente, siempre, en medio de los suyos.

Los apóstoles forman la experiencia durante ese período en el que ellos viven, se puede decir, bajo la acción constante de su Maestro resucitado. Aunque visible solamente por intermitencias, él está con ellos y en ellos. El les une, les releva, triunfa de su desaliento y de su incredulidad, se apodera de su espíritu, de su conciencia, de su ternura, acaba la organización que debe hacerles invencibles y armarles para cumplir, en toda la continuación de los siglos, la obra del Reino de Dios. Nadie sino él ha intervenido en la transformación prodigiosa de esos Galileos que van á llegar á ser los conquistadores de la tierra. El va á reunirles por última vez: en Jerusalem es en donde les quiere.

Ellos dejan entonces para siempre esa tierra de Zabulón y de Nephtali; las riberas de ese mar en donde ellos han sido llamados, y ellos van á la Ciudad santa en donde el Maestro les espera.

Los Once estaban en la mesa: Jesús apareció en medio de ellos.

Comenzó por reprocharles su incredulidad primera, y la dureza de su corazón á creer en el testimonio de aquellos que le habían visto. Este reproche franqueó los siglos, cae sobre todos los espíritus desdenosos de la palabra de los testigos á los que ha sido confiada la misión de publicar la vida, la muerte, la resurrección, la doctrina y las esperanzas de Cristo.

En seguida les recordó todo lo que les había enseñado, cuando él vivía de su vida.

“Todo lo que está escrito en la Ley, en Moisés y los Profetas, de mí,” les dijo, “debía cumplirse.” Y les abrió el sentido y la inteligencia de las Escrituras.—“Era preciso,” añadió, “que el Cristo sufriera y resucitase al tercer día, y que en su nombre fueren predicados la penitencia y el perdón de los pecados á todos los pueblos, comenzando por Jerusalem.

“Y vosotros sós los testigos de esas cosas.

“Y yo voy á enviar á vosotros el dón prometido de mi Padre. Esperad, pues, en la ciudad, hasta que seais revestidos de la virtud de lo alto.

“Id por el mundo entero; predicad el Evangelio á toda criatura. Aquel que tenga fe y que sea bautizado, será salvo; aquel que no crea, será condenado.”

Y para marcar la divinidad de la fuerza que descendería á ellos agregó:—“Ved la señal destinada á acompañar á los que tendrán fe: en mi nombre, ellos lanzarán á los espíritus, hablarán lenguas nuevas, cogerán á las serpientes, y si beben en manantiales envenenados, ellos no les dañarán absolutamente; impondrán las manos á los enfermos y ellos serán curados.”

Toda esa potestad taumatúrgica será un dón del Espíritu. Que ella se ejerza visiblemente sobre el cuerpo, cuando plazca á Dios confirmar por esto la obra sobrehumana de los apóstoles; que ella se ejerza invisiblemente sobre las almas, en el secreto de las conciencias: ella será la misma; en uno y otro caso, ella probará la virtud de Dios.

Jesús hizo salir á los apóstoles y les condujo fuera de la ciudad, hacia Bethania, sobre la cima del monte de los Olivos.

Allí fué en donde su Pasión había comenzado con su agonía; allí es en donde él quiere dejar la tierra y entrar en su

gloria, á la faz y sobre la ciudad que le había crucificado, que guardaba su tumba y que no dudaba de su triunfo.

Todos los apóstoles y los numerosos discípulos estaban presentes; ellos dijeron al Maestro:—Señor, ¿acaso ahora es cuando váis á establecer el reino de Israel?

—“No incumbe á vosotros,” respondió, “conocer los tiempos que el Padre ha designado en su potestad.”

Adivínase, por la pregunta de los apóstoles, el último resto de esos sueños judíos que van á disiparse por la claridad del Espíritu; y se ve por la respuesta de Jesús, el último esfuerzo para volver su pensamiento hacia ese Espíritu de quien ellos serán los instrumentos dóciles é invencibles.

—“Váis á recibir en vosotros la virtud del Espíritu Santo quien va á descender sobre vosotros y vosotros seréis mis testigos en Jerusalem, y en toda la Judea, y en Samaria, y hasta los confines de la tierra.”

Esta fué su última palabra.

Levantó las manos; bendijo á sus apóstoles; y mientras que él les bendecía, ellos le vieron alejarse de ellos, llevado al cielo. Una nube le ocultó á sus ojos.

El cielo está abierto. El Reino de Dios está fundado. El triunfo de Jesús comienza. El no deja á la tierra sino para libertarla del mal y salvarla: él venció al mundo.

1 Act., 1, 6 y sig.

FIN DEL SEGUNDO Y ÚLTIMO TOMO.

## APENDICES.